



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 19

21.02.2021

DOMINGO DE LA 1ª SEMANA DE CUARESMA

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Génesis (Gn 9, 8-15).
Salmo Responsorial	Salmo 24 (Sal 24, 4bc-5ab. 6-7bc. 8-9).
2ª Lectura	De la 1ª carta del Apóstol San Pedro (1 Pe 3, 18-22).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO^① SEGÚN SAN MARCOS (Mc 1, 12-15):

En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto.

Se quedó en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás; vivía con las fieras y los ángeles lo servían.

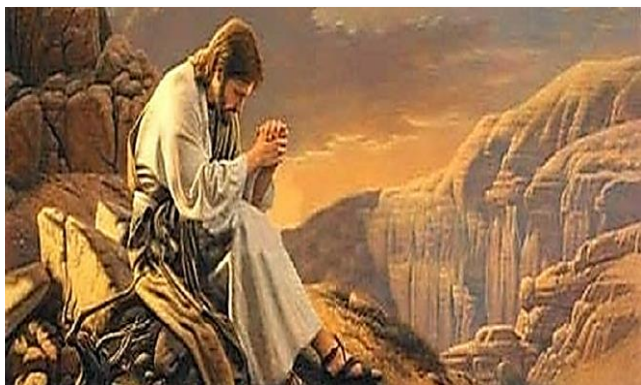
Después de que Juan, fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía:

**«Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios.
Convertíos y creed en el Evangelio».**

^① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

Se quedó en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás...



- El evangelio de Marcos representa a un Jesús tan divino como profundamente humano. Entra al desierto con un solo propósito: encontrar a Dios y pertenecerle totalmente. Sólo después viene a Galilea y proclama la Buena Nueva.
- Señor, háblame a mi corazón. Revélame dónde las cosas de este mundo obstruyen mi camino hacia Ti, por favor.

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración: 9 - La Oración de Elías.

Miércoles 7 de octubre de 2020.

El profeta Elías trascendió los confines de su época. Su figura la encontramos al lado de Jesús, junto a Moisés, en el momento de la Transfiguración. Jesús mismo se refiere a él para acreditar el testimonio de Juan el Bautista.

En la Biblia, Elías aparece de repente, en un carro de fuego que lo sube al cielo ante los ojos del discípulo Eliseo; sin un origen preciso y, sobre todo, sin un final: secuestrado en el cielo. Por eso, su regreso era esperado antes del advenimiento del Mesías como un precursor.

La Escritura nos presenta a Elías como un hombre de fe cristalina: en su mismo nombre, que podría significar “Yahveh es Dios”, está encerrado el secreto de su misión. Será así durante toda la vida: hombre recto, incapaz de acuerdos mezquinos. Su símbolo es el fuego, imagen del poder purificador de Dios. Fue sometido a una dura prueba, pero permanecerá fiel.

El profeta Elías es uno de los personajes más queridos por la tradición monástica, tanto que algunos lo han elegido como padre espiritual de la vida consagrada a Dios. Elías es el hombre de Dios, que se erige como defensor de la primacía del Altísimo. Sin embargo, él también se ve obligado a lidiar con sus propias fragilidades. En el alma de quien reza, el sentido de la propia debilidad es más valioso que los momentos de exaltación, cuando parece que la vida es una cabalgata de victorias y éxitos. En la oración sucede siempre esto: momentos de oración que nosotros sentimos que nos levantan, también de entusiasmo, y momentos de oración de dolor, de aridez, de pruebas. La oración es así: dejarse llevar por Dios y dejarse también golpear por situaciones malas y tentaciones.

Elías es el hombre de vida contemplativa y, al mismo tiempo, de vida activa, preocupado por los acontecimientos de su época, capaz de arremeter



contra el rey y la reina, después de que habían hecho asesinar a Nabot para apoderarse de su viña. Cuánta necesidad tenemos de creyentes, de cristianos valientes, que actúen delante de personas que tienen responsabilidad de dirección con la valentía de Elías para decir: “¡Esto no se hace! ¡Esto es un asesinato!”

Necesitamos el espíritu de Elías. Él nos muestra que no debe existir dicotomía en la vida de quien reza: se está delante del Señor y se va al encuentro de los hermanos a los que Él envía. La oración no es un encerrarse con el Señor para maquillarse el alma: no, esto no es oración, esto es oración fingida. La oración es un encuentro con Dios y un dejarse enviar para servir a los hermanos. La prueba de la oración es el amor concreto por el prójimo. Y viceversa: los creyentes actúan en el mundo después de estar primero en silencio y haber rezado; de lo contrario su acción es impulsiva, carece de discernimiento, es una carrera frenética sin meta. Los creyentes que no se comportan así, hacen muchas injusticias porque no han ido antes ante el Señor a rezar, a discernir qué deben hacer.

Las páginas de la Biblia dejan suponer que también la fe de Elías ha conocido un progreso: el rostro de Dios se ha hecho para él más nítido durante el camino; hasta alcanzar su culmen en esa experiencia extraordinaria, cuando Dios se manifiesta a Elías en el monte. Se manifiesta no en la tormenta impetuosa, no en el terremoto o en el fuego devorador, sino en el «susurro de una brisa suave». Dios viene al encuentro de un hombre cansado y, con esa brisa suave, hace volver a su corazón la paz.

Algunas noches podremos sentirnos inútiles y solos; incluso si nos hubiéramos equivocado en algo, o si nos sintiéramos amenazados o asustados, volviéndonos hacia Dios con la oración, volverán como por milagro la serenidad y la paz. Esto es lo que nos enseña el ejemplo de Elías.

VI.- PROPUESTAS PARA FOMENTAR UNA CULTURA DE RESPETO A LA DIGNIDAD HUMANA

Nada de extraño tiene que una sociedad en la que se extiende una concepción de la vida basada en el pragmatismo utilitarista se caracterice por una actitud proclive a prescindir de quienes son vistos, más allá de como seres humanos vulnerables, como fuente de gastos o incomodidades y que aportan poca utilidad a la sociedad; pueden ser percibidos no como miembros queridos de la familia, sino como obstáculos que condicionan el desarrollo personal, familiar o social; pueden ser considerados no como pacientes, sino como una sobrecarga innecesaria de trabajo.



Promover algunas propuestas puede ayudar a redescubrir la dignidad de todo ser humano, principalmente en el contexto de la situación de enfermedad grave o terminal:

– **que la muerte no sea un tema tabú**, sino un hecho natural que forma parte de la vida humana. Nadie —ni jueces, ni legisladores, ni médicos— se puede atribuir el derecho a decidir que algunos seres humanos no tienen derechos o los tienen en menor grado que los demás, debido a sus limitaciones, raza, sexo, edad, religión o estado de salud;

– **que la familia sea respetada y querida** como ámbito natural de solidaridad entre generaciones, en el que, con independencia de cualquier condicionamiento, se acoge, se protege y se cuida a todos sus miembros;

– **que no se considere la organización hospitalaria** como un ámbito en el que podamos desentendernos de nuestras obligaciones con respecto a los enfermos y ancianos;

– **que la familia y el hogar sean el lugar de acogida** natural en la enfermedad y ancianidad, y donde la proximidad de la muerte se viva con cariño y lucidez;

– **que surjan iniciativas sociales de atención** a los enfermos terminales, en un ambiente respetuoso con la persona y sus familias, adecuadamente preparadas para afrontar dignamente la muerte;

– **que las profesiones sanitarias se orienten** hacia una atención integral de la persona durante todo el arco vital;

– **que las instituciones públicas y los poderes del Estado** tutelen de manera efectiva la vida de todo ser humano, desde la concepción hasta su muerte natural, con independencia de cualquier condicionamiento.



SAN PABLO (3) - LOS GRANDES TEMAS PAULINOS

Algunas ideas directrices de la evangelización de S. Pablo

1 **El plan de Dios sobre el mundo:** Dios, desde toda la eternidad ha decidido la creación y la salvación de todos los hombres: «Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo... En Él nos eligió antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (Ef 1, 3).

2 **El hombre se hizo esclavo del pecado.** Pero Cristo ha venido a rescatar nuestra deuda muriendo por nosotros, reviviendo en nosotros. Antes de ser una doctrina, el Cristianismo es un hecho histórico. Pablo y todos los Apóstoles son los testigos oculares: «Cristo ha muerto por nuestros pecados, ha resucitado por nuestra justificación.

3 **Somos salvados «en Cristo Jesús».** Pablo emplea 164 veces esta fórmula. Jesucristo es el centro de la creación, la plenitud de la Divinidad, la cabeza de un gran Cuerpo del cual todos los hombres están llamados a hacerse miembros vivos.

4 **Sin embargo, nuestra libertad permanece dividida** interiormente entre dos tendencias opuestas: los apetitos de «la carne» y las llamadas «del Espíritu». «La carne» es el «hombre viejo» que rechaza someterse al «Espíritu», que sigue sus propios apetitos y su orgullo, lo que desborda ampliamente el terreno de la pureza. El «Espíritu» es el hombre entero, cuerpo y alma, el «hombre nuevo» habitado por el Espíritu de Dios. Así la existencia cristiana es una lucha cuyo campo de batalla es la tierra. La Cruz no es fin sino el medio de nuestra liberación.

5 **La perfección, es la caridad.** Nada es más contrario a la vida cristiana que el egoísmo y la división. Pecar contra su hermano es pecar contra Cristo. Ayudar a su hermano es ayudar a Cristo.

¿JESUS O PABLO?

Algunos oponen a Pablo, «el doctrinario», con Jesús, «el dulce predicador» de la moral evangélica. Algunos llegan incluso a hacer de él el verdadero fundador del Cristianismo.

La historia y el estudio de los textos contradicen esta teoría. Es verdad que sobre Pablo tenemos



más datos que sobre los otros Apóstoles. Es porque Lucas lo acompañaba como cronista, y los escritos de Pablo y de Lucas han podido llegar hasta nosotros. Pero hay otros escritores, Juan particularmente, que se hallan en las fuentes de la teología.

La comunidad cristiana existía antes que Pablo. La prueba es que él mismo la persiguió. Era ya viva en Jerusalén; bien organizada, crecía bajo la autoridad de Pedro; y es a él a quien el nuevo convertido va a rendir obediencia antes de comenzar sus empresas apostólicas. Pablo da vigor enseguida al empuje misionero de la joven Iglesia. Por su cargo, más que por temperamento, Pedro es el elemento moderador más tradicionalista. Pablo, sin ser «el abortivo» de los Apóstoles, como su humildad le hace decir, tampoco es el jefe de la Iglesia. Forma con Pedro «el binomio» en una inteligente y activa sumisión. Los cristianos lo comprendieron bien: desde el primer siglo se les rinde a los dos el mismo homenaje. Cada noche haces ante los dos la confesión de tus debilidades y de tu arrepentimiento: «Yo me confieso a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo...»

Así se construye, alrededor de ellos, la Iglesia entera, sobre la «piedra angular» que es el Señor. Una vez «cogido por Cristo», Pablo desborda de amor por él. No quiere saber de otras cosas, no enseña más que de «Jesucristo y de Jesucristo crucificado» (1 Cor 2, 2).